

PRÓXIMO NÚMERO:

La sensacional novela

El naufragio de la Humanidad

según el argumento cinematográfico de la esposa del malogrado artista Wallace Reid.

Película protegida por las autoridades por su alta moralidad.

Conviene leer esta novela, que es una lección.

Intérpretes principales:

Mme. WALLACE REID y BESSIE LOVE

Producción extraordinaria especial
PRÍNCIPE FILMS, Sdad. Ltda.

Interesantes ilustraciones en el texto.

Postal-fotografía-regalo:
PEGGY HYLAND

Precio popular: 25 céntimos

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles en toda España.

E. VERDAGUER MORERA. - TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 150

25 cts.



LA GLORIA
DE SER MUJER

por
Pauline Frederick

de Catalunya

La Novela Semanal Cinematográfica

REDACCIÓN { VIA LAYETANA, 12
ADMINISTRACIÓN: { TELÉFONO 4423 A
BARCELONA

Año IV

N.º 150

La gloria de ser mujer

adaptación cinematográfica de la famosa novela original del célebre escritor WILLIAM J. LOCKE.
«GLORY'S OF CLEMENTINE»

Creación de la genial y eminente «estrella»

PAULINE FREDERICK

Presentaciones del



Marca registrada

Consorcio Internacional de Explotaciones Cinematográficas (por contracción comercial)

CIEC

Central: Aragón, 231 bis. - Barcelona
Sucursales: MADRID - BILBAO - VALENCIA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
AL ST. JOHN

LA GLORIA DE SER MUJER

Argumento de la película de dicho título

*«La Mujer siempre tiene su condición
femenina adherida a su propio espíritu».*

LA ARTISTA

La pintora de retratos Clementina Wing, entregada al trabajo y a la gloria de su arte, ha ido perdiendo poco a poco todo lo que constituye el encanto externo de la mujer para convertirse en un ser rudo y de extraña brusquedad.

Cierta mañana hallábase posando en su taller Etta Cocannon. Su novio también se encontraba allí. Era un tipo antipático y almidonado, que había tenido la suerte de hacerse simpático al padre de Etta, por lo que había conseguido obtener la mano de la muchacha.

—Hija mía—dijo Clementina a la joven, que era una de sus mejores amigas, por no decir la única,—eres una idiota si puedes realmente amar a esa marmota.

En efecto, el novio de Etta se había dormido en el diván.

Vivía en la misma casa un pintor llamado Tommy Burgrave, muchacho simpaticote, buen camarada y entrañable amigo de su “vieja gruñona”, como él llamaba a Clementina.

—¡Gracias a Dios, Clementina!—le gritó desde lo alto de la escalera.—¡Gracias a Dios que pintas una cara bonita!

Clementina le miró furiosamente, aunque dejó traslucir el afecto que por él sentía, y se lo presentó a Etta:

—Mira, niña: este muchacho tan galante, que podía haberse acordado de que no pocas veces pinté mi auto-retrato, es Tommy Burgrave, un hombre indigno que puedes saludar si no te molesta demasiado hacerlo.

Tommy estrechó con entusiasmo la diminuta mano de la muchacha.

—¡Clementina, por Dios!—comentó Etta sonriendo.—Si no fuera que tienes un corazón de oro puro... ¡cualquiera te trataba!... Pero me alegro de tu modo de ser, porque así somos contados los que tenemos la dicha de disfrutar de tu ternura.

Cuando Etta y su novio se marcharon, Tommy quedó contemplando el retrato de la joven y comentó:

—Es bonita. ¿Cómo diablos puede haberse prometido a un tipo semejante?

—Yo empiezo por no comprender—contestó Clementina despectivamente—cómo es po-

sible que ninguna mujer se prometa a ningún hombre.

—Realmente, esta muchacha es preciosa... y tú, Clementina, un verdadero genio.

—Mira, hijo, a mí no me vengas con tonterías. Contempla el retrato cuanto quieras... y déjame tranquila.

Así vivían Tommy y Clementina, queriéndose como camaradas.

—¿Sabes que te he logrado un cliente estupendo?— la dijo Tommy cierto atardecer, mientras tomaban el te.—La Sociedad Antropológica, de la que mi tío Efraín Quixtus es presidente, quiere poner en su salón de sesiones un retrato hecho por ti... Pagarian hasta cuatro mil dólares.

Dijo la cifra con cierta timidez. Sabía muy bien que Clementina sólo pintaba los modelos que le parecían bien, sin reparar en los precios.

—¿Cuatro mil dólares?... ¡Psh!... ¡Por esta suma soy capaz de pintar el retrato de una de sus momias o de algún dinosaurio extravagante!

Rieron ambos de buena gana.

Tommy se detuvo de pronto ante un grupo escultórico que la pintora acababa de adquirir.

—Clementina — exclamó, — estás reuniendo aquí tesoros incalculables.

Ella se levantó y, tomando la escultura, se la ofreció diciéndole secamente:

—¿Te gusta? ¡Te la regalo!

—¡Pero, Clementina... si en cualquier museo te darían por ello diez mil dólares! ¡Si es un regalo de valor inestimable!

Y esto diciendo, en un estallido de alegría, tomó la cabeza de la artista entre sus manos, estampó en sus mejillas un sonoro beso y se fué corriendo.

¡Un beso!... Clementina paseóse a lo largo del estudio, con una mano puesta sobre la huella de aquel beso... Miró fijamente el retrato casi terminado de Etta y observó:

—¡Mujer, mujer!... ¡Quien te entienda podrá preciarse de haber descifrado un misterioso enigma!...

Sentóse en el amplio sofá de la rotonda y sintió una pena inmensa en el corazón, un deseo infinito de juventud y de amor...

CENTELLAS DEL PASADO

Efraín Quixtus, presidente de la Sociedad Antropológica, era un hombre recto, bondadoso, de incalculable fortuna, cuya vida, después de la muerte de su esposa, dedicaba por entero a sus estudios favoritos. Era antiguo amigo de Clementina, a la cual había dejado de visitar desde el fallecimiento de su esposa.

—No dudes de que a pesar de no visitarnos—le dijo aquel día al entrar en el estudio,—sigo considerándote como una de mis mejores amistades.

—Sólo te faltaba meterte a estudiar momias, huellas de animales antediluvianos y cráneos prehistóricos, para acabar de vestirme del modo más antiestético del mundo—le interrumpió Clementina, escudriñando su figura desde el punto de vista artístico.



—¡Mujer, mujer!... Quien te entienda podrá preciarse de haber descifrado un misterioso enigma.

—Después de todo—agregó dulcificando la voz y el gesto,—veo que también a mí me produce satisfacción volverte a ver... ¡Hacía tantos años que nos habíamos perdido de vista!

—Es cierto — repuso Efraín.—Erais tan

amigas mi esposa y tú... Pero después... No pareciste muy deseosa de volverme a ver...

—¡Ah! — exclamó.—¿Es decir que porque digo sin hipocresía lo que siento, te imaginas que no aprecio a los buenos amigos?... Veo que conoces muy mal a la “gruñona Clementina”.

Seguidamente se puso a preparar una tela enorme en la que, con mano segura y rápida, trazó los primeros rasgos de un boceto magistral.

—Dime, Quixtus, ¿tienes noticias de nuestro amigo Hammersley?

—Hace cinco años que no sé nada de él...

—Es raro... Creí que era uno de tus más íntimos amigos.

—Era más que un amigo... Era un hermano.

Siguieron unos minutos de embarazoso silencio.

—Han pasado ya muchos años—prosiguió Quixtus.—Podemos hablar libremente... Creo que mi amigo tuvo no poca parte en que se agriase tu carácter... Por lo menos sé que él te amaba... Y un día desapareció inopinadamente y tú... ¡te pusiste intratable!

Clementina le miró de un modo extraño. Meditó unos instantes y, dejando caer la paleta y los pinceles, se sentó murmurando:

—Estoy fatigadísima... No quiero trabajar más.

LOS "AMIGOS" DE EFRAIN

Semanalmente reunía Quixtus alrededor de su mesa a tres sujetos, que vivían de la amistad del liberal caballero.

Aquella noche, Quixtus, que acababa de regresar del taller de Clementina, subió inmediatamente a sus habitaciones, rogando a sus amigos que le esperaran unos minutos.

Sentóse ante el "secrétaire" que había sido de su esposa, y contempló con fruición viejas fotografías de familia.

Inesperadamente sus manos tropezaron con una carta.

Angela Quixtus

5073 Van Ness Av.

SAN FRANCISCO

Extrajo el pliego del sobre y leyó:

Te espero esta tarde. No faltes... Harto sabes que te ama con locura

Will Hammersley.

Quixtus quedó anonadado.

—¡Santo Dios!... Yo me vuelvo loco... ¡Ella! ¡Mi venerada esposa... con él... mi mejor amigo!

Entretanto, sus "amigos", reunidos en el suntuoso comedor, comenzaban a dar señales de impaciencia.

—Tenéis razón—comentaba uno de ellos.—Quixtus es un idiota... Pero mientras nos dé de comer y sea dócil al sablazo...

Abrióse la puerta de par en par y apareció Quixtus, que todo lo había oído.

—¡Vosotros también me engaños!—gritó.—¡Miserables... miserables todos!...

De pronto sonrió y murmuró:

—¡Oh, perdonadme! He bebido demasiado...

Todos le miraban estupefactos. Efraín se había sentado a la mesa.

—Precisamente quería deciros—continuó—que cuento con vosotros para cambiar de vida... ¡Quiero divertirme..., hacer todo el mal posible! ¡Quien crea en el amor de las mujeres y en la amistad de los hombres es un insensato!...

Mientras el desventurado Quixtus, comió consecuencia de los rápidos e inesperados desengaños que había sufrido, seguía en su casi ataque de locura, Clementina se hundía en el dolor de su soledad.

Atormentada por el recuerdo de su vida inútil, removida su sensibilidad por el beso de Tommy..., por las palabras de Quixtus..., vivía horas de suprema angustia. Y aquella noche terminó como tantas otras... Al amanecer lanzóse con ahínco al trabajo, ganosa de olvidarse a sí misma.

Ante el retrato de Quixtus, en el que trabajaba, comentó:

—¡Pobre Efraín... también tú debes sufrir los horrores de la soledad!...

Súbitamente llevóse las manos a la cabeza

y se sentó. Trató de levantarse y, perdiendo el equilibrio, desplomóse pesadamente en el suelo. Al ruido que produjo la caída, acudió presurosa una de sus sirvientas y Tommy.

—¡Clementina!—le susurró éste al oído, tomándola en sus vigorosos brazos.—Trabajas



—¡Pobre Efraín... También tú debes sufrir los horrores de la soledad!

demasiado... Sé que has trabajado toda la noche... Si tu alma es fuerte, tu cuerpo es de mujer al fin.

La había depositado en el diván. Clementina abrió los ojos, enormes y rasgados, de

mirada suave y enérgica a la par, y contempló un momento a Tommy.

—No, Tommy—murmuró.—Yo no soy una mujer...

Trató de incorporarse, pero en vano...

—Sufro—continuó con la voz anudada por las lágrimas,—sufro horriblemente.

Su mano blanca y aristocrática apretaba con vehemencia las del joven, que asistía a aquel estallido de sentimentalismo presa de la mayor extrañeza. Clementina, como si lo hubiera observado, hizo un gesto brusco y terminó:

—¡Qué ridícula soy!

Poco después llegaba el médico, llamado con urgencia.

—Trabaja usted demasiado—le dijo paternalmente.—Conquista usted la gloria a expensas de su salud... Esos nervios..., esos nervios... ¡Son ustedes las mujeres tan delicadas!... Hay que tomar inmediatamente unas prolongadas vacaciones... Le conviene cambiar de aires... de ideas.

—El doctor tiene razón, Tommy—dijo Clementina en cuanto aquél se retiró.—Estoy cansada de trabajar...

—¿Quieres venir conmigo a la pequeña finca que heredé de mi madre?...

Clementina soltó una carejada.

—Nunca me tomas en serio—comentó el joven amoscado;—eso no está bien.

—No te enfades, hombre. No me río de ti.

Lo que hay es que deseo pasar una temporada en el campo..., pero sola.

Llamaron a la puerta y apareció Etta. Venía llorosa y cabizbaja. No bien divisó a Clementina, que corrió a recibirla, dejando a Tommy en la rotonda, prorrumpió en amargos sollozos:

—¡Ay, Clementina!... Papá se ha informado de que mi novio era un desvergonzado... Y todo ha concluído...

—¿Sabes, hija mía, que tienes una suerte loca?... No se me ocurre más que felicitarte calurosamente por haberte librado de aquel idiota.

¿Qué idea se le ocurrió?... ¡Pues darle una patada al corazón... y juntar a la hermosa Etta con el simpático Tommy!

—¿Sabes lo que vamos a hacer?—preguntó alegremente a Etta.—¡Tú te vienes conmigo de vacaciones! ¡Oh, no tengas miedo!—agregó.—No te aburrirás con esta “vieja gruñona”... ¡Tommy será de la partida!

Poco después, Etta y Tommy charlaban alegremente en el jardín, mientras Clementina experimentaba frío en el corazón...

Acercósele su camarera, ofreciéndole una taza de te, que ella rehusó.

—Mi buena Luisa—le dijo,—prepararás los equipajes para dentro de un par de días... Voy a salir de vacaciones acompañando a unos jóvenes atolondrados que se imaginan que me acompañan a mí.

EL ENCUENTRO

Por su parte, Quixtus, ansioso de cambiar de vida, proyectaba también un viaje que le había sido sugerido por su “amigo” Huckaby. Se trataba de trabar relaciones con cierta Lena Fontaine, una aventurera, antigua amiga de Huckaby, muy inteligente, que se prestaba a las mil maravillas para representar el papel de “mujer víctima”. Es decir, para seguir la manía de Quixtus, fingiendo que se dejaba engañar por él.

—Quiero vengarme en una mujer — dijo Efraín en cierta ocasión — de todo el mal que me han hecho.

Y Huckaby concibió la idea de aquella farsa, que, al propio tiempo, afianzaría su privanza con Efraín, de cuyos bolsillos pensaba extraer buenas sumas.

Casualmente Efraín y Clementina, con sus jóvenes acompañantes, dirigíanse al mismo balneario y la sorpresa de todos fué grande al encontrarse allí, donde se encontraba también Lena Fontaine, que fué presentada a Quixtus.

Etta y Tommy no tardaron en manifestarse la simpatía que se inspiraban, y pocos días de vida en común bastaron para transformar aquella simpatía en cariño.

¿Cómo había de encontrar Clementina la paz que necesitaba viviendo en aquel ambiente donde todo invitaba al amor, teniendo siem-

pre delante el hermoso ejemplo de Etta y Tommy..., mientras la infeliz, enfundada en sus trajes grotescos, seguía estando sola entre tanta gente?

Los dos enamorados no dejaban de advertir su melancolía.

—Clementina es un corazón de oro...—dijo Etta cierta mañana a Tommy.—Debemos aunar nuestros esfuerzos para conseguir que viva un poco la vida que tiene derecho a vivir... ¡Hay que empezar por destruir su guardropa!

La artista parecía cada vez más triste. Efraín la hablaba con frecuencia, pero cuando se despedía de ella para juntarse a la aventurera Lena Fontaine, Clementina fruncía el ceño.

Un día llegó para Clementina un telegrama así concebido:

“Will Hammersley moribundo Hotel Moderno Marsella. Pide que usted y Quixtus vengan inmediatamente.”

La artista se apresuró a comunicárselo a Efraín, el cual no pudo reprimir un gesto de contrariedad.

—Will Hammersley—murmuró.—No le conozco.

—¡Will Hammersley — corrigió con vehemencia Clementina—es tu mejor amigo!

—Un tiempo creí que era mi mejor amigo...

—Si el señor Quixtus—terció Lena Fontaine, que acababa de llegar—tiene algún resen-

timiento con ese hombre, no veo por qué debe acudir a su llamamiento.

—¡Nadie ha pedido su intervención en este asunto!—gritó Clementina mirándola fijamente. Después, dirigiéndose a Efraín, agregó:

—Te esperó en la estación... Algo anormal te pasa... Hablaremos durante el camino.

AFECTO

Quixtus, por una reacci6n súbita, acudió a la cita, y durante el viaje, en sus pláticas con Clementina, hizo el propósito de volver a ser el de antes.

No bien llegaron al hotel, se enteraron de que Will Hammersley había dejado de existir.

Pero mayor fué su sorpresa cuando les comunicaron que en una estancia contigua se hallaba una niña, hija del difunto, que, según palabras del mismo, debía serles entregada.

—¿Qué van a hacer dos viejos esperpentos como nosotros con una niña?—preguntó Clementina.

Clementina entró en la estancia donde se encontraba la pequeña, y por uno de esos impulsos infantiles difíciles de explicar, la niña, un delicioso querubín de cinco años, se colgó a su cuello en cuanto la vió.

Y, estrechándola a su vez contra su pecho,



Con una sonrisa de triunfo, el ademán jovial y derrochando buen humor...

Clementina sintió que las lágrimas inundaban sus ojos.

Algunos días después, Clementina vivía con su tesoro. Junto con Sheila, que tal era el nombre de la encantadora niña, pasaba largas horas contemplándola y jugando con ella.

Y Sheila le prodigaba sus más dulces mimos.

—“Mamá” Clementina, ¿por qué no juegas conmigo?...—le preguntó un día.—A todas las niñas nos gusta jugar a las muñecas... ¿Verdad?...

—Jugar a las muñecas...—exclamó Clementina.—¡Ay de la mujer que no ha jugado nunca con ellas!... como yo...

Y abrazó a la niña con ímpetu... Sus ojos estaban arrasados en lágrimas. Ahora comprendía que había destrozado su propia vida encerrándose única y exclusivamente en el mundo de su arte...

—¡Quiéreme mucho, lucero mío!—le decía, acariciando sus blondos cabellos de seda.—Necesito que me quieras...

La situación de la niña no estaba aún bien definida. La artista y Quixtus habían acordado que, mientras se abría el testamento de Hammersley, Clementina la conservaría en su poder.

Cuando abierto el testamento de Hammersley, encontráse que la voluntad del finado era de que Sheila viviese alternativamente con sus

tutores, Efraín y Clementina, seis meses con cada uno, Clementina sintió una gran satisfacción, al contrario de Quixtus, que no pudo dejar de exclamar:

—¡Yo!... ¿Yo tutor de su hija?

Clementina le salió al paso diciéndole:

—Supongo que no serás tan cobarde que hagas pagar a un inocente angelito una falta en la cual, te repito, no puedo creer.

—Es que tú no comprendes lo que este hombre me ha hecho sufrir.

—¡Sufrir!... ¿Es que los hombres sabéis realmente lo que es sufrir?

A partir de aquel instante, Clementina, loca de júbilo, vivió con la pequeña. Pero no era feliz del todo. Su mayor alegría hubiera consistido en que Quixtus la quisiera también.

—Me das lástima, Efraín—le decía Clementina,—cuando pienso en los horrores de tu arrepentimiento el día en que te convenzas de la santidad de aquel ángel que fué tu esposa.

—Cree que si pudiera olvidar me daría por dichoso.

—¡Pobre amigo mío!... Te compadezco tanto más cuanto que por experiencia propia sé cuán doloroso es torturarse encerrándose en sí mismo... Afortunadamente, este angelito me hizo reaccionar a tiempo... Y haré lo imposible para que tú también seas feliz.

—Eres muy buena, Clementina..., hartó lo sé... Pero es más fuerte que yo... Oye: he ve-

nido para invitarte a la cena que en honor del noviazgo de Etta y Tommy voy a dar en mi casa.

—Acepto gustosísima. No dudo de que estaremos en familia.

—Además de algunos parientes—continuó Efraín mordiéndose los labios,—asistirá Lena Fontaine.

—No comprendo por qué invitas a esa mujer a una fiesta de familia.

—Porque ella es quien ha tenido la idea de organizar esta cena.

Clementina reflexionó unos instantes y exclamó con acritud:

—¡No cuentes conmigo! Después de todo, un vejstorio ridículo como yo no contribuiría mucho al adorno de tus salones.

Y con un gesto brusco, dió media vuelta y dejó plantado a Efraín en mitad del estudio.

Al encontrarse Clementina a solas estalló en sollozos... Sheila corrió hacia ella, preguntándole:

—¿Por qué lloras? ¿Verdad que tío Efraín no nos quiere tanto como tú decías?

Clementina emocionóse más y más, y, llorando amargamente, abrazó a su tesoro, murmurando:

—No te aflijas, ángel mío... Mamá Clementina te querrá siempre... siempre...

LA CENA

Clementina había recibido la visita de uno de los "amigos" de Quixtus, el cual, en desacuerdo con sus cómplices sobre la distribución del botín que pensaban arrancar de Efraín, quería vengarse comunicando los planes de aquellos desaprensivos a quien sabía podía desbaratarlos.

—Esta Lena Fontaine es una aventurera que busca casarse con Quixtus... Lo de la cena—le dijo en son de confidencia—es un truco para conquistarle.

—¡Qué horror!—gritó Clementina al final de la conversación.—¡Váyase de mi presencia! ¡Usted, ella y sus amigos me dan asco!

El peligro que corría el único hombre que —¿a qué ocultarlo?—supo despertar su amor, la decidió a librar batalla contra los enemigos de ambos, y unos minutos después llegaba a casa de Efraín, donde se estaban haciendo los preparativos para la fiesta.

—He venido para comunicarte que lo he pensado mejor... ¡Asistiré a la cena!

Al salir, Etta la tomó del brazo y le dijo titubeando:

—Mi buena Clementina... quería decirte... ¿sabes?... es que... ¿ya tienes traje para asistir a la cena?

—¡Pues claro!... ¿No recuerdas aquel vestido negro con mangas "jamón"?... Está la mar

de bien conservado... ¡No me lo he puesto más que un par de veces en diez años!

Llegó por fin la noche de la cena, en que una mujer coqueta y una mujer de talento iban a luchar frente a frente, la primera para conquistar un esposo, la segunda para conservar al único hombre que hizo palpitar su lacerado corazón.

Todos los invitados habían llegado. Lena no daba punto de reposo a Efraín, que, sin saber por qué, se hastiaba de aquellas asiduidades. Etta y Tommy saboreaban el encanto de mirarse mutuamente.

Etta, como mujer, había observado los sentimientos que agitaban a Clementina.

—¡Cuánto tarda!—comentó con Tommy.— Si supieras cómo la compadezco... Es doloroso que no comprenda que un hombre difícilmente puede apreciar los méritos de una mujer... si ésta no es precisamente... una mujer en todos sus aspectos.

—¡Como tú!—subrayó Tommy, besándola.

En otro rincón de la sala, una íntima amiga de Lena le aconsejaba:

—Ha llegado el momento de que te comprometas con Quixtus... Hoy o nunca.

Todo el mundo empezaba a dar señales de impaciencia por la tardanza de la única invitada que faltaba, cuando un criado anunció:

—¡La señorita Clementina Wing!

Y apareció ésta dejando a todo el mundo boquiabierto.

En efecto, la desaliñada, la “fea” y “vieja” Clementina, se había transformado en una es-



—¡La señorita Clementina Wing!

pléndida mujer de unos veintiocho a treinta años. Sus cabellos rizados y abundantes enmarcaban su rostro inteligente, recogándose

sobre la nuca con gracia. Su vestido era una elegantísima túnica de *lamé* de oro que moldeaba maravillosamente un tesoro de formas encantadoras, que nadie, ciertamente, había podido adivinar bajo los harapos de la "antigua" Clementina.

Mentira parecía que una mujer hubiera podido ocultar "todo aquello" bajo la bata de la desaliñada pintora o los trajes grotescos de la misma. Razón tenía Clementina al decir que la mujer es un enigma difícil de descifrar.

Con una sonrisa de triunfo, el ademán jovial y derrochando buen humor, saludaba placentera a todo el mundo.

Lena se mordió los labios. Efraín la contemplaba con manifiesta satisfacción... ¡Al fin veía al espíritu que amaba, entronizado en un cuerpo digno de él!

Y Etta y Tommy, desde el fondo de sus corazones, se felicitaban del cambio operado en su buena amiga.

—No os maravilléis tanto, hijos míos—les dijo Clementina.—Es que el corazón de Clementina despierta de su letargo... Es que empiezo a estar satisfecha de ser mujer...

Durante toda la cena, Clementina, transfigurada por el amor, estuvo deslumbrante de ingenio y simpatía y su triunfo fué definitivo.

Todos la consultaban sobre temas artísticos. Un famoso pintor que peinaba canas la lla-

maba su maestra, mientras le mostraba algunos croquis que tenía destinados a una famosa revista de modas. Todos revoloteaban alrededor de su ingenio, de su gracia exquisita, de su hermosura, de su elegancia soberana.

Un momento que quedó sola, acercósele Lena



Un famoso pintor que peinaba canas la llamaba su maestra mientras le mostraba algunos croquis...

Fontaine y le dijo con mal reprimido despecho:

—¡Si no hubiera sido usted antes un espan-tajo, no podría ahora apuntarse esta victoria debida a la sorpresa!

—Sepa que una de las causas que me impelieron a preparar esta “sorpresa”—le repuso Clementina taladrándola con la mirada,—fué la de evitar que el hombre que amaba cayera en manos de una aventurera, cuyo pasado e intenciones conocí afortunadamente a tiempo.

—¡Debería usted avergonzarse de faltar tan descaradamente a las más elementales leyes de la urbanidad!

—Estoy precisamente dando pruebas de una educación exquisita al no echarla a usted a la calle como se merece... por el balcón.

La aventurera se marchó echando chispas, mientras Clementina volvía junto a los invitados. Especialmente Efraín sentía una intensa alegría en el corazón, una gran felicidad en el alma.

Al despedirse Clementina, Tommy corrió a ofrecerle su riquísima capa de armiño, y la artista le ofreció sus labios... Tommy vaciló. Dudaba... Aquellos labios jugosos, tentadores, que se le ofrecían, no eran ciertamente los del “camarada Clementina”...

Y ella, mirando a Efraín, que contemplaba la escena, exclamó:

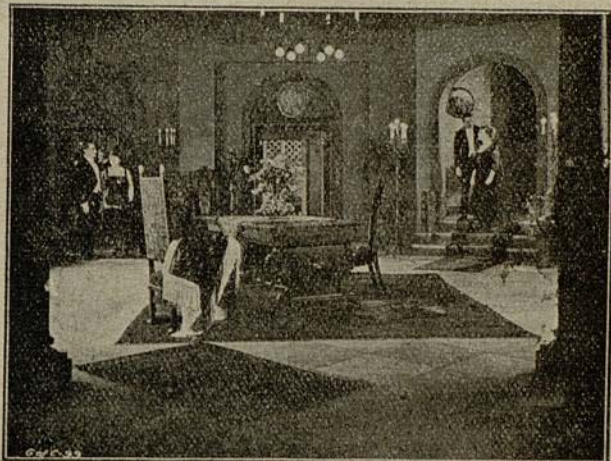
—¿Qué es eso, Tommy?... No creo que por haberme cambiado de traje y descotado un poco, haya cambiado en lo más mínimo... ¿Por qué no me besas como siempre?

El joven sonrió, confundido, y la besó rápidamente, mientras Clementina sonreía gra-

ciosamente, satisfecha de aquel triunfo de su feminidad ante el hombre que amaba.

EL RESCATE DEL PASADO Y EL TRIUNFO DEL AMOR

Unos días después, hallándose preparando el



La aventurera se marchó echando chispas...

equipaje de Sheila, que debía ir a pasar sus seis meses en casa de Efraín, Clementina hizo un curioso hallazgo en una antigua carpeta de Hammersley. Era una carta de Angela, la esposa de Efraín, que decía así:

Mi querido Will:

Siento no poder seguir encargándome de entregar tus cartas amorosas a Clementina, la cual renuncia a tomarlas, pues afirma rotundamente que por ahora no piensa más que en su arte y nada quiere saber de amor.

Cree siempre en la sincera amistad de mi querido Efraín y de su esposa y afectísima amiga tuya

Angela Quixtus.

Poco después, Clementina, que había volado hacia la casa de Quixtus, decíale a éste emocionada al poder demostrarle la inocencia de la que fué entrañable amiga suya, a la par que devolver la tranquilidad al hombre que amaba rescatando el dolor de un pasado boroso:

—He venido corriendo para confundirte y avergonzarte... ¡Y darte al propio tiempo una alegría! Hojeando papeles de Hammersley encontré esta carta...

Efraín la leyó ávidamente. Y, dejándose caer en un sillón, exclamó:

—¿Así, pues, la carta que encontré y me hizo sufrir tan horriblemente no estaba dirigida a mi Angela, sino a ti?... ¡Fuí un miserable dudando de aquella santa! ¿Y la pobre Sheila?... ¡Yo que había llegado a creer!...

Viendo que a Efraín se le saltaban las lágrimas, Clementina sintió que se le anudaba la garganta, y no queriendo prolongar más su sufrimiento, le dijo alegremente:

—No te aflijas..., no pienses más en ello... Ni Angela, ni Hammersley, ni aquella Clementina existen ya... Ven, yo te he traído otro ídolo para que lo adores...

Y juntos llegaron corriendo al amplio hall donde les esperaba Sheila.



—¿No sabes?... Tío Ef aún te quiere ahora.

—¿No sabes?—le dijo Clementina a la niña, emocionada.—Tío Efraín te quiere ahora. Y en efecto, Quixtus abrazó con vehemencia a la tierna criaturita, como si desde el fondo de su corazón quisiera pedirle perdón por el daño causado.

La escena no podía ser más emocionante; todos lloraban... La encantadora niña, no bien desprendida de los brazos de Efraín, le dijo inocentemente:

—Bueno; ahora abraza a mamá Clementina.

Quixtus titubeó. Clementina se cubrió el rostro y fué corriendo a hundirse en un enorme sillón, situado cerca de la chimenea del comedor.

Sheila la alcanzó y sentóse en sus rodillas...

El cuadro que se ofreció a la vista de Efraín, que había seguido a la niña, no podía ser más encantador. Clementina vestía un elegantísimo traje plisado que hacía resaltar las seductoras morbideces de su cuerpo. Tenía apretujada contra su seno la cabecita rubia de Sheila, y sus ojos, sus espléndidos ojos, aparecían humedecidos por la emoción.

Acercósele Efraín y le dijo torpemente:

—Estaba pensando... ¿Sabes que va a ser horrible tener que separarte de Sheila durante seis meses?...

—Encontraré mi revancha cuando tengas que separarte tú de ella.

—Clementina..., es que también estaba pensando otra cosa... Escucha... yo creo... que lo mejor sería que Sheila se quedara... *con los dos juntos...*

La mujer le miró dulcemente. Efraín, co-

mo el hombre que toma una resolución, continuó:

—Soy un necio... a mi edad... Titubeo como un estudiante porque no sé cómo contestarás a mi pregunta... ¿Quieres ser mi esposa?

Clementina apretó más contra su pecho el cuerpecito de Sheila y contestó con voz temblorosa:

—¿Ya sabes que soy ahora toda una mujer... que quiere sentirse deseada por sí misma? ¿No se te ha ocurrido esto... por Sheila?

Entonces Efraín, no pudiendo contenerse por más tiempo, tomó su mano con vehemencia y, apoyándola sobre su corazón, exclamó apasionadamente:

—¡Lo deseé con todas las fuerzas de mi alma desde que sentí que tú eras mi ángel tutelar... desde que me encadenaste a ti con tu belleza!

Sin que lo advirtieran, se encontraron solos. La encantadora niña, sonriendo picarescamente, se había escurrido como por arte de magia...

—Gracias, Efraín—rumoreó Clementina.—Necesitaba que me dijeras eso... En adelante, renunciaré gustosa a mi gloria a cambio de embriagarme... ¡con la gloria de ser mujer!

Y Efraín la tomó en sus brazos, y sus labios se juntaron mientras sus corazones latían de una manera inefable.

FIN

Los dos últimos grandes éxitos editoriales lo constituyen:

El milagro de los lobos

12.º libro de la BIBLIOTECA

Los Grandes Films

y

El Príncipe encantador

7.º libro de la

Colección de Obras Maestras

EDICIONES de

La Novela Semanal Cinematográfica

Las recomendamos con interés a nuestros lectores.